



## Capítulo 400 - ¡El panadero infern!

El aire pesado del Inframundo parecía vibrar con una energía casi palpable. En las profundidades de los grandes centros de Abbadon, la capital infernal, multitudes se extendían por las calles oscuras y sinuosas, iluminadas por llamas parpadeantes y linternas hechas de huesos.

Fue el comienzo de Walpurgis, el gran banquete de los Reyes Demonios. Y no podía ser de otra manera, todo era alegre, ¡el primero en muchos, muchos años!

Entre la masa de figuras encapuchadas y rostros enmascarados, Roxanne se movía con pasos calculados, su disfraz perfecto la ocultaba como una sombra más entre las sombras. La tela negra que cubría su cuerpo estaba adornada con sutiles detalles de runas ensangrentadas, un toque que sólo aquellos que estaban atentos notarían.



¿Por qué se escondía? Bueno, ella necesitaba comprar algunas cosas, y no estaría bien si los demonios vieran a una de las Princesas Demonios caminando libremente en todo este caos. ¡Causaría un gran revuelo!

Observaba todo con ojos atentos, cruzando los pasillos laberínticos y los bulliciosos mercados, donde los comerciantes vendían amuletos malditos, pociones de sangre y armas encantadas. Risas macabras, gritos festivos y cánticos ancestrales resonaron en el aire, mezclándose con el fuerte olor a azufre y vino agrio.

En cada esquina se manifestaban los signos de Walpurgis: grupos de demonios bailaban alrededor de hogueras infernales, los pactos estaban sellados con



sangre y las sombras bailaban, mostrando sus poderes en exhibiciones de luz y oscuridad.

Roxanne apretó los dedos alrededor del puño, sintiendo el pulso de la ciudad latir en su sangre. "¡Mejor no llegar tarde!" Ella pensó y empezó a caminar más rápido.

¡La princesa tenía un gol! ¡Ella quería llegar a cierto establecimiento!

Roxanne dobló una esquina estrecha y entró en un callejón poco iluminado donde el olor a humo y podredumbre era más fuerte. Los muros de piedra negra estaban cubiertos de grafitis en llamas que parecían moverse—inscripciones mágicas que protegían o maldecían, dependiendo de la mirada del espectador.

Aceleró su ritmo, ansiosa por escapar de la ruidosa multitud y continuar su misión, cuando de repente dos figuras emergieron de las sombras más densas del callejón.



"Bueno, mira a quién tenemos aquí... una pequeña preciosidad perdida en medio del infierno", dijo el primero, un demonio alto con cuernos retorcidos y ojos amarillos brillantes. Su voz tenía una mezcla de sarcasmo y amenaza.

El segundo, más pequeño y ágil, sonrió maliciosamente, revelando dientes tan afilados como navajas. "Y tan solo, qué suerte tienes", añadió, avanzando unos pasos con las garras extendidas.

Roxanne hizo una pausa por un momento y evaluó a los dos. Su disfraz la convirtió en una figura común y corriente en medio de esa fiesta infernal, pero claramente no la subestimaron.



"¿Ustedes dos tienen idea de a quién están molestando?" preguntó con voz baja y firme, pero cargada de fría autoridad.

Los demonios se rieron y resonaron en el callejón. "¿A quién le importa? "Sólo queremos un poco de diversión", se burló la más grande, extendiendo la mano como para agarrarla.

En un movimiento tan rápido que parecía invisible, Roxanne hizo un corte en el aire con sus manos, invocando una espada afilada hecha de viento cortante. Un susurro helado resonó cuando la hoja se materializó, brillando con un resplandor plateado.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, Roxanne se lanzó hacia adelante. El primer demonio sintió que la espada le atravesaba el cuello de un solo golpe limpio y preciso. Su cabeza rodó por el suelo, derramando un líquido oscuro y viscoso.

El segundo intentó retirarse, pero Roxanne ya estaba detrás de él, dibujando otro corte invisible. La pala del viento se deslizó por el aire, decapitándolo con la misma eficacia. El cuerpo cayó inmóvil, mientras la cabeza se detenía a unos pasos de distancia, con los ojos todavía abiertos en un reflejo final de sorpresa.

Roxanne respiró profundamente y sus ojos brillaron por un momento con el poder residual del ataque. Se quitó un poco del polvo negro del vestido y siguió adelante; su postura ahora era más firme e impasible.

El callejón parecía más tranquilo después de ese breve enfrentamiento, e incluso las llamas de las antorchas parecían parpadear ante el aura de poder que emanaba.





Sabía que no podía perder el tiempo con distracciones—Walpurgis estaba en pleno apogeo y su objetivo requería discreción y velocidad.

Finalmente, después de unos minutos de caminar por calles sinuosas y callejones aún más oscuros, Roxanne vio la fachada que buscaba: Rose's Confectionery.

Era un edificio antiguo pero encantador, casi un oasis de delicadeza en medio de la oscuridad de Abbadon. Los muros de piedra tallada y las ventanas arqueadas dejaban entrar una luz cálida y acogedora que contrastaba con la brutalidad de la capital demoníaca.

En el cartel que colgaba sobre la puerta, una rosa roja florecía con un brillo místico, rodeada de pequeñas runas protectoras que brillaban suavemente en tonos rosados.

Roxanne sonrió levemente, como si hubiera encontrado un refugio seguro en ese lugar improbable.



Empujó la puerta, que crujió suavemente, y entró.

El aroma que inundaba sus fosas nasales era inmediatamente diferente —un dulce aroma a flores y especias, mezclado con el tentador olor de pasteles frescos y pasteles hechos a mano.

El salón interior era pequeño pero elegantemente decorado, con mesas de madera oscura y tapicería de terciopelo rojo intenso. Las velas encendidas con candelabros de hierro fundido creaban sombras danzantes en las paredes.

Detrás del mostrador, una figura familiar sonrió cuando la vio.



"Roxanne, ¡qué agradable sorpresa!" dijo Rose, propietaria de la confitería, una mujer de aspecto sereno y ojos amables, con cabello color cobre que brillaba a la luz.

"¡Rosa! ¡Ha pasado tanto tiempo!" respondió Roxanne, quitándose la capucha y relajándose por primera vez en horas.

"Has crecido mucho, pequeña niña."

Roxanne sonrió levemente, sus ojos brillaban con esa mezcla de agotamiento y alivio que sólo un encuentro con un viejo amigo podía traer. Se acercó al mostrador, apoyó los codos sobre la madera pulida e se inclinó ligeramente hacia adelante.

"Siempre sabes cómo convertir un lugar en el refugio más acogedor, Rose", bromeó Roxanne, con su voz cargada de sarcasmo juguetón. "Creo que incluso el propio Amon tendría ganas de tomar el té aquí si no estuviera tan ocupado con sus intrigas"



Rose se rió y el dulce sonido llenó la habitación. "Oh, querida, si tuviera una moneda por cada vez que un demonio cansado dijera eso, tendría suficiente oro para comprar el Inframundo y abrir una sucursal aquí"

Los dos compartieron un momento alegre, ese breve instante en el que la dureza del mundo exterior pareció desaparecer, reemplazada por una sincera complicidad.

Roxanne entonces se recompuso y su mirada se volvió seria, pero aún gentil.



-Bueno, Rose... Walpurgis está empezando y necesito algo especial. Un pastel que hace que los Reyes Demonios se sientan... bueno, como si estuvieran comiendo la esencia misma del poder"

Rose frunció el ceño y una sonrisa misteriosa apareció en sus labios.

"Quieres algo único, algo que marque esta fiesta, ¿verdad?" dijo, ya volviéndose para abrir un cajón lleno de especias e ingredientes exóticos.

"Exactamente", confirmó Roxanne. "Nada ordinario. Quiero un pastel que cuente una historia, que lleve magia, que haga que cualquiera que lo pruebe recuerde ese Walpurgis para siempre."

Rose asintió, sacando botellas de líquidos espumosos y polvo de estrellas negras. "Entonces pongámonos a trabajar. "Tengo algunos ingredientes que sólo uso en raras ocasiones, y con ellos podemos hacer algo tan potente como delicioso"



Roxanne observó fascinada cómo Rose hablaba suavemente, explicando las propiedades secretas de cada elemento, desde la miel de las abejas infernales hasta la esencia de una flor que sólo florece en el fuego eterno del volcán de Abbadon.

"¡Perfecto! ¡Lo necesito en una semana!" Roxanne dijo felizmente.